



## ROMANCE SEXTO

En el castillo de Luna  
Teneis al anciano preso.

Cansadas ya las paredes  
De guardar tan largo tiempo  
A quien recibieron mozo,  
Y ya le ven cano y ciego.

*Romancero de Bernardo del Carpio.*

Otra escena se ofrece ante mis ojos:  
Ya no son las florestas y campiñas  
Por donde el curso majestoso extiende  
Guadalquivir, gran rey de Andalucía;

Ni la sierra feraz, que al puro cielo,  
Ignorando que hay nieve, alza la cima  
De peñascos y musgo coronada,  
De flores odorantes y de olivas;

Miéntras verjeles, huertas y jardines  
Sus deliciosas faldas entapizan,  
Embalsamando el vaporoso ambiente,  
Que azahares y jazmin blando respira;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,  
Gigantesco poder y gloria antigua  
La fama ensalza, las historias cuentan,  
Y su templo y sus muros testifican.

¡Córdoba insigne!... ¡Oh patria, dulce patria!  
En cuyo seno de la luz del día  
Gocé la primer vez, en cuyo seno  
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,  
Encantadas llanuras y colinas,  
De mi niñez y juventud llenaron  
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;  
Volando en torno de la mente mía  
Las sombras de tus héroes generosos,  
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño mayo;  
Jamás mi amor á tí, jamás se entibia,  
Ni de mi pensamiento un punto sales,  
Desde que arrastro en extranjeros climas

La vida, ha tantos años sustentada  
Con el amargo pan de la desdicha,  
Y aún más con la esperanza de que al cabo  
Logren en tí reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunque mi mente,  
De tus héroes en pos, hoy por distintas  
Tierras se espacie, y por remotos siglos,  
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Zaide  
Se arroja en pos mi suelta fantasía,  
Del imperio andaluz salva los lindes,  
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,  
Y entre nieblas oculto blanquecinas;  
Desnudo el suelo, donde invierno crudo  
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,  
Que con peñascos áridos se erizan,  
Do nacen sólo verdinegros pinos,  
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío  
Ufano se corona con espigas,  
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,  
Turbias y perezosas se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,  
Que es de los Condes castellanos silla:  
¡De la corte de Hixcen el poderoso,  
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro  
Alza opulenta las gallardas cimbras  
Burgos naciente, ni de mármol y oro  
Alminares altísimos empina.

TOMO I

Gruesos muros levanta y torreones  
De tosca piedra, donde el sol no brilla;  
Pero que á las tormentas y huracanes,  
Y al furor de la guerra desafían.

No de riquezas bárbaras henchidos  
Sus palacios están, ni de exquisitas  
Telas del rico oriente entapizados,  
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,  
La voz del Almuheden, que el nuevo día,  
Anunciando á los hombres, á que acudan  
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen  
Gruesas campanas de metal, que vibran  
Melancólicos sonos, convocando  
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas  
Se escucha, ni el bullicio y alegría  
En abundantes plazas, ni el estruendo  
De talleres, telares y oficinas;

Sólo resuena en Burgos el martillo,  
Que sobre el duro ayunque se ejercita,  
En arneses tornando el fuerte acero,  
Ya templado en las fraguas encendidas:

El monótono canto de los coros  
De conventos, parroquias y capillas,  
Y el confuso rumor de un pueblo pobre  
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos... ¡oh Dios, cuán diferentes!  
Allá los labradores en cuadrilla,  
Casi desnudos, y cantando ledos  
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feraz cosecha,  
Premio de su sudor, segura miran;  
Miéntras pobre gañan aquí, luchando  
Con tierra ingrata y con adusto clima,

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,  
Temiendo de su afan y su fatiga  
El fruto ver en su verdor talado  
Por invasoras huestes enemigas;



O robado si no, cuando maduro,  
Por el monje sagaz, por la codicia  
Del tirano señor, ó con violencia  
Por forajidos que en el monte habitan.

Finalmente, aquel siglo el sol eterno  
En las tierras de Bétis descubría  
Un imperio ilustrado y poderoso,  
Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso  
Su próximo descenso y su ruina  
El supremo poder de sus monarcas,  
Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,  
Un estado naciente, una conquista,  
Gobierno sin vigor, inciertas leyes,  
Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,  
Constancia tal y tanta valentía  
Que presagiaban la grandeza inmensa  
Que los cielos guardaban á Castilla.

Nueve leguas de Burgos en un llano,  
Del Arlanza ocupando ambas orillas,  
Descubro á Salas. De ladrillo y piedra  
Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,  
El palacio de Lara. De aquel día  
En que en medio de fiestas y banquetes,  
Vió Zaide los agüeros que advertían

Tanto desastre al infelice dueño,  
Tanta desolacion á su familia,  
¡Cuán distinto se ve!... Ciegan los fosos  
Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,  
El grueso muro abierto, de bravías  
Hiedras vestido, y entre almenas rotas  
Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,  
Que tremoló, entre nieves y ventiscas,  
Del linaje de Lara la bandera,  
Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde  
A tal desolacion: cardos y ortigas  
Cubren el ancho patio, en que sacando  
Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,  
Sufriendo apénas la apretada cincha,  
Y do ladrando galgos y lebreles,  
La hueca voz del caracol seguían.

La fuente rota está y enloda el suelo;  
Desierta la escalera, donde un día  
De escuderos y pajes resonaban  
Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,  
Y ni una lanza en él: solas, vacías  
Alcándaras, que ufanas encerraron  
De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras  
Y pendones vistieron, sólo indican  
Con mohosas escarpías, ya desnudos,  
Cuánto templado acero los cubría.

Los altos artesones y techumbres,  
Albergue de africanas golondrinas,  
Dejan paso á las nieves y á los soles,  
Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,  
Cantos y juveniles alegrías,  
Que en su cóncavo oscuro resonaron,  
¿Cómo es silencio así de tumba fría?

Silencio que tan sólo interrumpido,  
Para mayor horror tal vez, se mira  
Con el quejido en la espantosa noche  
Del buho y del murciélagos; y de día

Del gorrion con el osado vuelo  
Que al pararse atrevido en la cornisa,  
Le asusta el desconchado ó piedrezuela,  
Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿qué importa, qué, tanto abandono?...  
¿Qué donde quiera hallar muerte y ruina,  
Si angustia aún más los ojos y la mente  
Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,  
Edificio de fama tan antigua?  
La puerta principal y ventanaje  
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo  
Los esmaltes, cuarteles y divisas  
Del ancho escudo, honor del frontispicio;  
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,  
Y de la gola en derredor ceñida  
Una vil cuerda, que de infame muerte  
Ser reo su señor al mundo indica.

Abandonado y yermo veinte años  
Salas su antiguo alcázar visto habia,  
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,  
Larvas y espectros su recinto habitan:

Cuando en una mañana del invierno,  
Mientras devoto el pueblo estaba en misa,  
Tres hombres, en tres mulas y embozados,  
Atravesaron sin rumor la villa;

Y evitando la plaza del castillo,  
Donde estaban los signos de ignominia,  
Y la murada puerta, en él entraron  
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,  
Que entre escombros, maderos y ruinas  
Dejaba paso al interior. Apénas  
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve  
Empapadas se dejan en la silla;  
Y quedando en custodia de las mulas  
El que mozo de campo parecia,

Debajo de unos anchos soportales  
Las guarece del agua y las abriga;  
Mientras los otros dos en gran silencio  
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta  
El edificio á la angustiada vista,  
Los dos raros y extraños personajes  
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada  
Y la de su escudero parecían,  
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,  
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,  
Aún más que por la edad, por las desdichas,  
Agobia á aquel que de los dos parece  
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.  
Con gran dificultad el paso afirma,  
Que ambas piernas hinchadas entorpecen  
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aún tiene restos el semblante,  
En cuya frente y pálidas mejillas  
Las profundas arrugas, de pasiones  
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,  
Una existencia trabajada indican.  
Sin luz en noche eterna entrambos ojos  
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena  
Que le circunda); de penosa y fría  
Timidez la expresion dan á su rostro.  
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea; su espaciosa calva  
Un birreton de oscura piel abriga,  
Y es su vestido un sayo de velludo  
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,  
Que de sosten sirviéndole y de guía,  
Por el siniestro brazo le conduce  
Con gran respeto y compasion, distinta

Presencia tiene; y aunque no tan noble,  
Que es la de un caballero testifica,  
En robusta vejez. Barba y cabellos  
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido  
Con la intemperie y sol de extraños climas;  
Y las arrugas de él meditacion  
Profundas y pesares acreditan;



Como sus negros ojos expresivos  
Y preñados de lágrimas, indican  
Gran sensibilidad, y que recuerdos  
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;  
Y de cuero rojizo una esclavina,  
Adornada de conchas diferentes  
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,  
Sobre el cual va colgada una reliquia  
En una caja de oro y filigrana;  
Y en la siniestra mano (pues se habia

Descubierto al entrar so las techumbres)  
Lleva un raro sombrero de tendidas  
Alas, tambien de conchas guarnecido,  
Y con medallas y diversas cintas.

Estos dos personajes el palacio  
Recorren en silencio, aunque se oían  
En sus labios ahogados los suspiros.  
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salon, á todos lados  
Torna la ciega faz, cual si la vista  
No le faltase, y conocer pudiera  
El sitio aquel; y luégo en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo:  
«¿Es sueño?... ¿Es ilusion?... ¿Mis plantas pisan  
El palacio de Salas?... ¿Estoy libre  
De la larga prision, donde las iras,

»Siempre justas, del cielo han castigado  
Mis muchas culpas?... ¿Y tu mano amiga,  
Solo consuelo que á mis ansias queda,  
Torna á estrechar la moribunda mia?»

«Sí señor, el segundo le responde,  
En lágrimas bañadas las mejillas,  
Y á los labios llevándose la mano  
Del otro viejo trémula y marchita:

»Sí, señor, libre estás, y en los salones  
Del palacio de Salas, y benignas  
Las estrellas permiten que á tu lado  
Tengas en mí un esclavo que te sirva,

»Y que contigo llore.—¡Oh fiel amigo!  
El primero repuso: en mis desdichas  
Sólo por tí no me es indiferente  
Estar aquí ó allá: cerrar mis días

»En libertad ó en la prision... ¿Qué espero  
En este mundo ya?... ¿Cómo la antigua  
Felicidad de que en aquesta casa,  
Cercado de mis hijos?...» Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,  
Que el arteson oscuro repetía.  
Mas sosegado luégo, y recobrando  
La palabra, siguió: «Ni aún de la vista

»De estos lugares, donde fuí dichoso,  
Me es dado disfrutar... Con tu divina  
Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,  
Y con tu providencia se resigna.

»Al ver esta mansion desierta y sola,  
Mayores fueran, sí, las penas mias...  
¿Está el palacio muy mudado?... díme...  
Dímelo, amigo tierno, por tu vida.»

El segundo enjugando en su semblante  
Las lágrimas copiosas, le replica:  
«¿Cómo ha de estar despues de tantos años,  
En que nadie lo cuida ni lo habita?»

«Dices bien, dijo el de la barba blanca:  
Al pasar la escalera y galerías,  
Dieron el viento y lluvia en mi semblante,  
Y he notado, al pisar, losas hundidas

»Y escombros. Díme, ¿en qué salon estamos?»  
El viejo respondió de la esclavina:  
—Señor, en el salon de los festines.—  
«¡Ay!... ¿te recuerdas del tremendo día,

»Prosiguió el otro, en que asombrados vimos  
Los presagios aquí, que predecían  
Tanto desastre?... Aquel ilustre moro,  
Que como embajador vino á Castilla,

»Los presencié tambien... Sácame, amigo,  
De este salon infausto, y me encamina  
A la estancia inmediata, en que otro tiempo  
Mis dulces hijos habitar solían,

»Donde... Mas no... ¿Qué busco en tal estancia?  
Sácame del palacio á toda prisa:  
Tórname á la prision, y en ella, y pronto  
Terminen con la muerte mis desdichas.»

Así diciendo el venerable anciano,  
Su turbada presencia, su expresiva  
Faz y el temblor de sus helados miembros  
Los tormentos horribles descubrían,

Que su angustiado pecho destrozaban.  
Su acompañante con dolor le mira,  
Y haciendo esfuerzos porque no descubra  
En su acento la pena que le agita,

De consolarle trata, y así dice:  
«En tí vuelve, señor: con la divina  
Voluntad es forzoso conformarse,  
Pues que somos cristianos. La alegría,

»La riqueza, el poder, los hijos, todo  
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.  
Humilde resignarse debe el hombre  
Con su misericordia ó su justicia.

»Tus hijos con infieles peleando,  
Cual cristianos murieron. Hoy habitan  
El cielo entre los mártires gloriosos,  
Y con palma y laurel, que no marchita

»El curso de los siglos, la presencia  
Del que los astros rige, el mar humilla  
Y enfrena el huracan, están gozando;  
¿Y tú su suerte lloras?... Hoy benigna

»La mano del Eterno te conduce  
A tu casa á morir; ¿y tú querrias  
Tornar á la prision?»—El triste padre  
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenções escuchando,  
Y con la voz entera y más tranquila  
A su consolador así interrumpe:  
«Tienes razon, amigo; no prosigas:

»Soy pecador... Es cierto, todo, todo  
Nos lo da Dios: como lo da, lo quita.  
Bendigamos su nombre... Basta, basta:  
Llévame del palacio á la capilla.

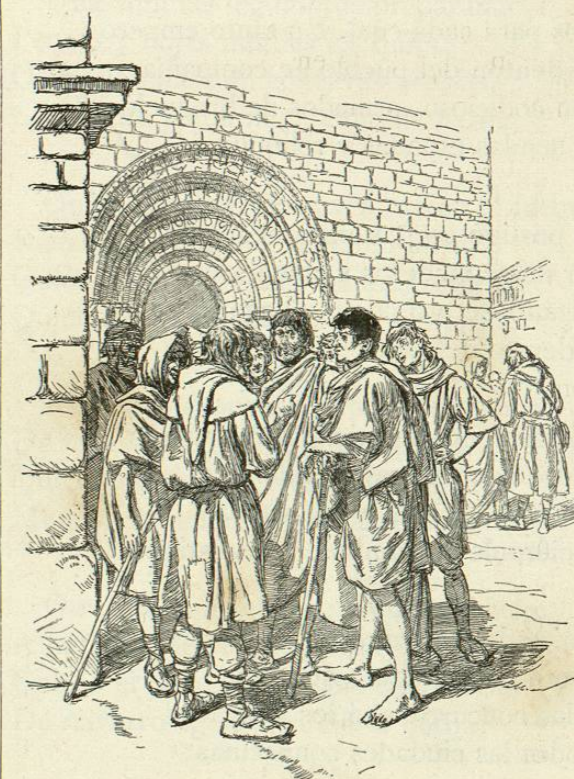
»En ella celebráronse mis bodas...  
Tambien siete bautismos... ¡dulces días!  
Se celebraron... ¡Mártires gloriosos!  
Mis ruegos elevad á las divinas

»Plantas del alto Dios omnipotente,  
Y pedidle que pronto me permita  
Con vos unirme, y que me saque pronto  
De este mar de desastres y desdichas.»

Calló, y calló tambien el otro, y ambos  
Al antiguo oratorio dirigían  
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,  
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,  
Y entre las voces claras y distintas,  
Que más y más cundiendo se acercaban,  
Repetir se escuchaba: *viva, viva.*

Reunidos en contorno del palacio  
Los habitantes todos de la villa,  
Daban aquellas voces, pues saliendo  
Del santo templo, al terminar la misa,



Se divulgó al instante la llegada  
De los tres embozados. La noticia  
Dió á temores ridículos origen  
Entre el vulgo ignorante: quién decia,